

Uribe, Joaquín Antonio (1858-?)

Cuadros de la naturaleza (1916)

Las Hormigas Arrieras

En el orden maravilloso de los himenópteros, se clasifica cierto insecto, muy común en las tierras calientes y templadas, llamado comunmente Hormiga arriera. Pertenece al género *Oecodoma* de los zoólogos, y se hace notar por sus devastaciones, ruinosas a veces para el agricultor.

En ellos hay, como en otros artrópodos de la misma familia, cuatro suertes de individuos: los machos, provisto de alas, encargados solamente de la fecundación de las hembras, y que, terminada la época de los amores, perecen todos; las hembras, también aladas, cuya misión es poner los huevos, concluida la cual se despojan de sus arcos de insectos voladores y mueren pronto; gran número de obreras ápteras y sin sexo, que son la inmensa mayoría de esas hermosas agrupaciones de animales pequesimos que dan ejemplo al Hombre de actividad, constancia y armonía social, y un verdadero ejército de soldados prontos a sacrificarse por el bien de la colonia. Las neutras son las que trabajan incansables, las esforzadas y tenaces; las que mantienen muy alto el honor nacional en el gran rol de los insectos; son, en fin, los inteligentes y probos ciudadanos de esa prodigiosa república que se agita silenciosa bajo las hierbas perfumadas de los campos, entre las ramas de los árboles floridos y en la sombra de sus oscuras y subterráneas mansiones.

Elevados y pintorescos montecillos de tierra arcillosa, denuncian, bajo los árboles, la morada artística e imponente donde la *Oecodoma cephalotes* reside de ordinario, y que es una vasta ciudad escondida bajo el suelo y defendida por poderosas fortalezas que, con esfuerzo heroico, construyeron los titanes de ese pequeño pueblo diligente y valeroso.

El Homo sapiens –así se ha llamado presuntuosamente el Hombre- ha excavado los laberintos antiguos, las catacumbas de Roma, las profundas galerías de las minas de carbón en Inglaterra, los túneles de los Alpes, y otras obras de esta clase que son la admiración de la historia; pero es preciso que sepa que esas construcciones de que tanto se envanece, al lado de las de los ingenieros himenópteros, son bagatelas o juegos de niños, si se atiende al tamaño y la fuerza relativos.

Si abandonamos ahora los encantados palacios de esa nación viril y enérgica, veremos al través de la pradera herbosa y húmeda, sus caminos bien trazados, cómodos y limpios, que conducen al lejano bosque, a la plantación de algún colono o al jardín de fértil granja.

Por esa senda transitan, ordenadas, las Arrieras en busca de las hojas que constituyen su alimento. ¡Qué disciplina, qué silencio! Unas mandan, y las demás trabajan con ardiente afán, porque obedecen a la ley de su raza; el cumplimiento del deber. A su paso, apenas se estremecen las florecillas de los lados del camino; unas vienen con la carga, otras van en su solicitud, y, al encontrarse, se saludan obsequiosas; si una no puede con el fardo que conduce, otra más fuerte le presta su ayuda con espontánea y generosa intervención. Mientras tanto, el Rey de la creación –verdadera bestias hominiana- asesina a su amigo por arrebatarle una nonada o hacer alarde valor.

Pasado aquel día, ¿qué habrá sido del frondoso Naranjo, o del oloroso Limonero, orgullo del huerto y de la arboleda, donde las Hormigas encontraron abundantes provisiones? El labrador a la oración, de vuelta a su cabaña, mira su árbol favorito con despecho y con tristeza: sólo quedaron el tronco y las ramas, pero ni hojas ni yemas; su silueta esquelética se dibuja melancólica en la semiclaridad del cielo.

El hombre declara entonces guerra a muerte al hormiguero, lo arruina, lo destruye. Sin embargo, ese pueblo modelo, virtuoso y abnegado, sólo ha cumplido con su deber: la lucha por la vida.

Y en esa lucha batallan, como las Hormigas, las Abejas, los buitres, los Leones; los seres de la creación, desde la célula al cetáceo. Todos trabajan armónicamente para llevar a cabo las altas miras de la Naturaleza. Sólo el Hombre es una nota discordante en el sublime concierto, una mancha en el inmenso cuadro de la vida universal; el rencor, la soberbia, la pereza, le apagan en sus sienes los resplandores de la razón y le hacen odioso ante todos sus hermanos de la gran familia edénica.

Las Hormigas Agricultoras

La república de las Hormigas es la más perfecta y maravillosa agrupación de seres animados conocida, como también la democracia más bien consolidada. En ella debieran ejercitar sus ojos los que viven a caza de ideales políticos con qué calentar los cerebros de los patriotas crédulos de hogano.

Son las Hormigas un pueblo de titanes liliputienses que construyen edificios ciclópeos de la noche a la mañana; de guerreros que tienen alta idea del honor militar, conocen la estrategia y libran batallas en que no se sabe qué admirar más, si la disciplina o el valor; de exploradores audaces que invaden la arboleda y la selva, y vuelven a sus ciudades cargadas con el botín de su fructífera campaña con que hincha sus almacenes y depósitos.

Mas sus costumbres sedentarias y pacíficas sorprenden y embelesan a los amantes de la Naturaleza. Sus industrias hacen de esa nación, enérgica laboriosa, el más acabado modelo de una asociación democrática y altruista.

No desconocen, en efecto, lo que llamamos industria pecuaria. En sus correrías por los prados, sorprenden debajo de hojas, donde se resguardan de los ardores del sol, rebaños enteros de pulgones, insectos que secretan un líquido alimenticio que las Hormigas chupan con deleite; los conducen a las galerías de sus palacios y ahí los guardan y cuidan en establos apropiados. Este es el motivo por el cual Linneo designaba a los Pulgones con la denominación de *Aphis formicarum vacca*. También en sus guerras con los hormigueros vecinos, tras la alegría de la victoria y la humillación de los vencidos, arrebatan a éstos los ganados de sus pesebres, los cuales van a enriquecer sus opulentas greyes.

Pero hay más aún. Las Hormigas excavan amplias mansiones subterráneas; preparan convenientemente el terreno, que debe ser húmedo y suficientemente desmenuzado, y luego siembran extensas sementeras de una especie particular de Hongos que abrigados de la luz que los molesta, pues carecen de clorofila, y suavemente templada la atmósfera por un calor vivificante, a los pocos días ofrecen el cuadro seductor de un hermoso campo cubierto de blancos y sedoso filamentos que llevarán la alegría y la abundancia a los hogares de los laboriosos himenópteros.

La Naturaleza dotó a la Hormiga de los instrumentos necesarios para las labores del campo, los que lleva consigo, adheridos a su cuerpo, y consisten en una provisión suficiente de azadones, horquillas, tenazas, pinzas, tijeras y algo más. Con estos recursos a la mano, la vida agrícola es para esos insectos – que jamás conocieron la pereza- una sucesión de goces, incomprensibles para los que, como el Hombre, han congeniado más o menos con aquel vicio capital.

Serios y escrupulosos entomólogos han escrito la historia del pueblo labrador que ya conocemos. Pedro Huber, "el Homero de las Hormigas", describió con estilo sencillo sus hazanas guerreras; Dupont de Nemours relató sus novelescas aventuras. Carlos Bonnet dio precisos detalles sobre su astucia y habilidad en la caza de Pulgones; y, ultimamente, en 1908, G. Bonnier llamó la atención del mundo sabio sobre sus faenas agrícolas e hizo notar con especialidad que las plantaciones de Hongos no fructifican debido a que el ácido fórmico que dejan escapar las Hormigas impide el desarrollo del micelio o aparato vegetativo de aquellas criptógamas.

Todo lo que nos cuestan de las Hormigas confirma el elogio que de ellas hizo Salomón cuando escribió: "Anda, perezoso, vé la Hormiga y aprende a ser sabio".